

# Perplejidad a la italiana

por Manuel Vázquez Montalbán



Cesare Pavese tenía la habilidad de Josué. Desde las azoteas más altas de los pueblos de la penillanura, Pavese era muy capaz de parar la marcha del sol, incluso de tamizar su luz con una mano blanqui-azul, mientras el paisaje adquiría una respiración pequeña, entre el asma y el sueño. Pavese aún podía permitirse el lujo de flirtear con la irracionalidad, porque todo el mundo creía que era una broma. Lento, el mundo vivía en 1950 la noche de San Silvestre de cualquier año del siglo XVII. El resplandor de Hiroshima y Nagasaki viajaba a la velocidad de las quedas luces de los ambientes pavesianos. Tardarían en llegar aquellos ciegos resplandores, sin olor conocido, con sabor a ceniza.

En tanto, Pavese reconstruía la razón y la Compañía de Jesús se aplicaba a la tarea universal de traducir al latín el lenguaje convencional de Marx y Engels. Condenado a muerte Wagner en los procesos de Nuremberg, la lógica interna de Bach crecía en progresión geométrica en un movimiento musical inacabado. ¡Qué claro era lo claro! ¡Qué oscuro, lo oscuro! En Italia, los partisanos habían devuelto las ametralladoras contra la oligarquía financiera y a cambio se les había concedido un certificado de hijos adoptivos. La lógica aún era de izquierdas en 1950, un segundo antes del suicidio de Pavese. No estaba muy clara la íntima relación entre forma y contenido. Lo importante, decían todos los héroes supervivientes, es el contenido, y la forma, una consecuencia. Puestos a jugar entre formas democráticas, las formas de la izquierda organizada parecían tan de prestadillo como el chaqué que luce un fresador invitado de honor en la boda de Balduino y Fabiola. Bajo la satinada tirantez de la piel del chaqué se adivinaba el próximo estallido del músculo y, quién más quién menos, todo el mundo tenía preparada la carcajada o la cuenta corriente en Suiza. Era lo lógico.

Cuando se escuchó en Dakar el estampido que ponía fin a la vida de Cesare Pavese, quien menos se alegró fue Dean Acheson y aún mucho menos Foster Dulles. Al fin y al cabo, la lógica de los intelectuales ha salvado al mundo de los peligros de la imaginación y según los informes del FBI (entonces la CIA aún entraba por las puertas traseras y sus dirigentes trataban de Ud. al príncipe Ali Khan) Cesare Pavese estaba bajo de presión.

## LA RECONSTRUCCION DE LA RAZON

Tras la II Guerra Mundial el horno estaba para bollos. Todo era posible, siempre y cuando se hiciera racionalmente. Tremenda calificación cargada de responsabilidad. Los intelectuales y los políticos velan clarísimo que el irracionalismo llevaba al nazismo y que el racionalismo llevaba a ...ya se vería. De momento el racionalismo llevaba a construcciones teóricas perfectas, a cuentos de la lechera con vasija, al parecer, de acero inoxidable.

Toda la generación que entre 1945 y 1965 se aplicó a la tarea de reconstruir la



razón lo está pasando bastante mal. A sus cuarenta, cincuenta, sesenta años cumplidos, están en crisis, como las jovencitas con acné y los jovencitos sin jovencitas con acné. Pero como en las novelas decimonónicas, amigo lector, no adelantemos acontecimientos.

Sus compañeros de Parnaso se enfadaron mucho con él.

¡Pegarse un tiro en 1950! ¡Qué ingratitude! ¡Qué falta de confianza en las fuerzas

progresivas que dirigen la HISTORIA! ¡Qué individualista! ¡Pegarse un tiro cuando está a punto de evidenciarse que el inventor del submarino fue un ruso!

Si los alumnos de la Escuela Oficial de Periodismo de Madrid hubieran organizado un comando en 1950 y se hubieran lanzado en paracaídas sobre Milán o Torino para hacer una encuesta sobre el suicidio de Pavese, hubieran obtenido las siguientes respuestas:

«Ha sido un acto irracionalista, gratuito, que contradice toda una obra construida en defensa de lo progresivo que hay en nuestra Historia Nacional.»

«Ha sido un acto gratuito, irracionalista, que evidencia toda una obra construida al margen de lo progresivo que hay en nuestra Historia Nacional.»

«Ya lo decía yo, ese ritmo narrativo lento. Esos personajes sin columna vertebral...»

«Ya lo decía yo, ese ritmo narrativo sin ton ni son. Esos personajes de duro esqueleto.»

«Durante su crecimiento adolescente le faltó yodo. Siempre se lo decía durante nuestras reuniones. Cesare, yodo, mucho yodo. Baños de mar.»

«Comía poco.»

«Una señora estupenda a tiempo, cada cuatro o cinco días y gimnasia, mucha gimnasia. U ao, U ao, U ao.»

He aquí las respuestas más integra. Prescindimos de las que convierten a Pavese en un pétalo de rosa entre páginas de un libro, porque esta clase de gente ni es histórica ni es nada.

En 1950, aquel acto parecía descabellado porque el hombre volvía a ser la medida de todas las cosas. Un nuevo módulo humano servía para las construcciones políticas, literarias y artísticas: el hombre del pueblo. Era el Maciste de la Crónica de los pobres amantes de Pratolini, pero también era el limpiabotas de

Zavattini y De Sica: fuerte moralmente, frágil enfrentado a la dureza de una sociedad represiva que defendía sus privilegios burgueses.

Reconstruir la razón.

Era repetir este módulo según los ritmos más eficaces, estar lo más próximo posible a la realidad, maestra y madre de de la ciencia. El pueblo y la realidad, la divisa de una generación que entre 1945 y 1965 se aplicó a la tarea de reconstruir la razón y que en la actualidad lo está pasando mal. A sus cuarenta, cincuenta, sesenta años cumplidos, están en crisis, como las jovencitas con acné y los jovencitos sin jovencitas con acné. Pero, como en las novelas decimonónicas, amigo lector, no adelantemos los acontecimientos. (¿Dónde he leído antes esto?)

Ser realista era una aspiración común para un diputado misino, comunista o para un arquitecto. Los niveles de realismo eran muy distintos para una u otra profesión. Para el diputado comunista ser realista era no provocar una guerra civil con el misino, porque esta guerra la podía perder la Unión Soviética. Para el arquitecto progresista ser realista era hallar una respuesta estructural y formal exacta a todas las necesidades problemáticas que plantea un edificio, inmerso en un contexto urbanístico determinado.

La ayuda americana, el desarrollo industrial del norte, crearon el «milagro

italiano», que fue inmediatamente reconocido por el Vaticano. La reconstrucción de la razón sirvió, ante todo, para reconstruir un mercado interior ávido de consumo, exigente de la variedad de colores en las peladillas. Los alquimistas del capitalismo encontraron la fórmula del bicarbonato que permitía toda clase de digestiones al avestruz burgués: digiere al proletariado sentándole en el parlamento, digiere el neorealismo disfrazándolo de costumbrismo, digiere el progresismo intelectual sometido a su mecenazgo o a reglas de juego profesional que convierten toda obra en una mercancía. Y todo el mundo se muestra razonable porque la gran ilusión seguía aparcando sus tanques a orillas del Danubio, los americanos no habían conseguido ganar la guerra de Corea y no había suficientes elementos que permitiesen poner en duda una victoria de «La Internacional» en el festival de San Remo de 1956.

Siempre fueron muy sutiles las fronteras que separan la dialéctica del determinismo racionalista. Una vez adecuado el comportamiento a sus posibilidades de realización y realizado, reconstruir las causas del error requiere ante todo reconocer el error. Las hipótesis que caminan hacia atrás, son cangrejos que rara vez llegan a algún sitio. Todavía hoy nadie sabe si fue un error reconstruir una razón a la medida de la gran razón universal de la guerra fría. Hoy se sabe que la guerra



fría era una primera fase de la coexistencia pacífica. Metidos en la cáscara de sus seiscientos, los obreros italianos cualificados harían santamente leyendo una de las páginas que más impresionaron la infancia de los españoles de mi promoción: el joven *Ciro* es enviado a *Media*, al palacio real donde viven sus abuelos maternos. Se trataba de una medida diplomática programada por los persas para conseguir a la larga, cuando *Ciro* fuera emperador, una hegemonía sobre los medos. Pero en contacto con aquella civilización más refinada, amable y tal vez decadente, *Ciro* empezó a pintarse como los medos y a aficionarse a la danza.

## LA CAIDA DE LOS ESQUEMAS

Los conflictos de Hungría y Suez de 1956, las formulaciones expresadas de la coexistencia pacífica fueron los primeros arietes que abrieron grieta en los pilares de la conciencia progresista europea. Quedaba demostrado que los grandes de la tierra no se enfrentarían entre sí, a menos que estuviera en juego su propia supervivencia. Esta evidencia era mucho más dolorosa en Italia que en ninguna otra nación europea, a excepción de Francia, porque ninguna otra nación europea sacrificó tantas opciones revolucionarias al Moloch de los acuerdos de Yalta y Postdam.

Después de la caída del fascismo, la pequeña burguesía italiana estaba convicta y confesa, la alta burguesía había sido instigadora y colaboracionista, y estamentos como el ejército o la Iglesia no podían levantar los ojos del suelo ante la presencia de un partisano. Los partisanos estaban armados, y todos los resortes orgánicos en manos de la burguesía, destrozados. En aquellas condiciones renunciar a la acción revolucionaria exigía muchas razones y se esgrimieron muy pocas pero sólidas: sobre territorio italiano había tropas norteamericanas y un levantamiento revolucionario implicaría su participación y la consiguiente respuesta de la Unión Soviética. La III Guerra Mundial, le dijeron a Togliatti en Moscú, está en vuestras manos. Este dilema fue planteado al mismo tiempo a Thorez, Tito y los dirigentes comunistas griegos.

Hasta 1956 la estrategia universal del socialismo se había movido según los principios formulados por Stalin en 1924 en su obra *Problemas del Leninismo*. Estos principios fueron los que enfrentó a Trotsky en su disputa por el poder y por la imposición de una línea política del PCUS. Básicamente eran la detención de todo aventurerismo revolucionario y la construcción de una gran Patria del Socialismo: la Unión Soviética. Robustecer la Unión Soviética era encarnar la antítesis al capitalismo y una vez conseguida la encarnación, todas las restantes naciones del globo avanzarían tras la opulencia aplastante de la matrona soviética. Cualquier conflicto revolucionario sectorial, dentro de las zonas de influencia reservadas en Teherán, Yalta y Postdam, al campo capitalista, ponía en peligro la supervivencia de la Unión Soviética si se veía en la obligación de dar la cara por sus correligionarios. Claro que



había un límite de tolerancia y coexistencia, tanto en el campo socialista como en el capitalista.

A partir de 1956 empieza a evidenciarse que ese límite es elástico como una liga de bailarina de cancan. La próxima carrera espacial resucita la mística de Stalingrado y de Guadalcanal, pero poco a poco evidencia que la contradicción dialéctica entre Capital y Trabajo, entre Capitalismo y Comunismo se ha convertido en una partida de tenis espacial. Cada vez más se hace difícil ver dónde termina el comportamiento de la Unión Soviética como potencia nacional superindustrial y donde empieza su comportamiento como avanzada de una internacional doctrinal. Tan difícil que acaba por no verse claro el límite. Hacia 1957 y 1958, el PCI dirigido por Togliatti empieza a formular las tímidas tesis del comunismo nacional o, dicho de otra manera, de las vías nacionales hacia el socialismo. El panorama político italiano es complejo. La Democracia Cristiana construye durante diez años un Estado a su imagen y semejanza; sus triunfos electorales la alimentan y la engordan. En cambio, la socialdemocracia de Saragat y los socialistas de Nenni presienten que sus presupuestos políticos electoralistas, en contradicción con sus impotencias para desbancar a la DC, van a cansar a las bases electorales respectivas. Nenni lo explicaría clara-

mente en 1965 a Eugenio Scalfari en una entrevista concedida a L'Espresso: «Durante muchos años hemos estado alejados del poder, es decir, del Estado. La derecha ha construido un estado, una administración, de la que estábamos marginados. Se evoluciona hacia una tecnología del poder y no podíamos estar ausentes en la dirección del Estado»... del estado burgués, había que precisar, y así lo precisaron las críticas dirigidas a Nenni por su aceptación de la política de centrosinistra.

La situación política cuando se llega al pacto de la centro-sinistra era caótica, viciosa, llena de equívocos como en las comedias de enredo. La Democracia Cristiana estaba en crisis porque la burguesía había perdido el miedo a los comunistas debido a su política de flor en la mano; los socialdemócratas estaban en crisis porque la Democracia Cristiana siempre ganaba; dentro del PC empiezan a oírse voces irritadas contra el parlamentarismo, electoralismo y todos los ismos que han convertido un partido revolucionario en un partido oportunista. No obstante, la inmensa mayoría de la base del PC sigue fiel a las consignas del partido, entre otras cosas porque el seiscientos ha llegado a esta base militante, y la pasta ciuta en cuarenta y cuatro colores, y el jesucito-portabolígrafos y los telefilms de la serie Maigret protagonizados por Gino Cervi.

## LA CRISIS DE LA LOGICA

Y como si se tratara de una película italiana, la vida cultural italiana vive el frenesí del antiesquematismo. Un síntoma de que algo andaba mal fue la novela de Pratolini La Constanza della Ragione. Un adolescente obrero reflexiona sobre los fracasos políticos y vitales de sus mayores (su madre y un amigo-protector de la familia, viejo militante comunista, llamado Milloschi). Llega a la conclusión de que se han debido a un racionalismo insuficiente. La nueva generación, concluye implícitamente Pratolini, no sostendrá esta dureza racionalista químicamente pura, pero será más constante en el ejercicio de la razón y no incurrirá en nuestros errores.

Esta conciencia de fracaso generacional invade a toda la cultura italiana racionalista de los años cincuenta. Los burócratas culturales ven la enmienda en redactar mejor los órdenes del día. Las cabezas visibles de la cultura italiana reclaman el derecho a la informalidad, a la subnormalidad, al experimento y al nuevo camino. Es el descrédito de una realidad que de pronto ha revelado la negación de una ejecutoria. Confusamente, en la protesta se han mezclado niveles históricamente sucesivos: primero fue la protesta contra el dogmatismo del realismo crítico (y del burocratismo político corres-



pondiente), después, la protesta por la inoperancia revolucionaria, la desesperación vital por la mediocridad de respuestas de una sociedad de consumo, la comprensión de que se forma parte de un engranaje que ninguna fuerza política o social está en condiciones de romper.

Hasta 1965 se creyó que el propio PCI podía enmendar su camino. La oposición entre Amendola e Ingrao, el uno partidario de aumentar el grado de integración parlamentaria y el otro partidario de un replanteamiento de la línea y estrategia del PCI, fue, según los críticos, la gran oportunidad del postogliatismo. El fracaso de la opción Ingrao precipitó las escisiones entre los militantes activos y el desencanto entre los intelectuales.

Todos los cuentos tienen el final problemático. Terminan en la última página del libro, pero nadie sabe que ocurriría si durara una o dos páginas más. Este cuento está a punto de terminar. La vida cultural italiana del momento se parece como un calco a la vida cultural de las desesperadas naciones europeas. Los jóvenes son contestatarios y los intelectuales no burocratizados se han dejado crecer las melenas y han recurrido a todas las formas posibles de pederastía intelectual, para que los jóvenes no les apeen del carro triunfalista de la biología. La vanguardia no es un recurso, ni un posible refugio. Nadie la identifica con lo válido en las religiones revolucionarias in. Lo que es impenable es que nadie quiere estar out. Por otra parte parece que el avestruz burgués tras el susto de mayo de 1968 ha realizado nuevas experiencias con su bicarbonato y ha encontrado el aditamento que le hacía falta para futuras empresas digestivas. El poster con la efigie del Che y la leyenda *Il Che non è morto* está en el vestíbulo de algunos directivos de la Montecatini, y Agnelli, el magnate de la Fiat, aspira el perfume multitudinario de las ocupaciones de cátedras y los incendios de facultades y música extasiado: «La vitalidad de una juventud es la mejor garantía del futuro de Italia»

#### EL OFICIO DE COMPRENDER

Cuando Cesare Pavese paraba el sol sobre las penillanuras de Italia, todo era posible. Hay una explicación subjetivista para el suicidio de Pavese en 1950, pero también hay una explicación de contexto, un *tedium vitae* condicionado por tanta posibilidad de tantas cosas. El jovencito que interroga al mítico marino del poema *Los Mares del Sur* sin duda se sorprendió ante la respuesta cansina, escéptica del héroe.

Pratolini fue el tipo de escritor opuesto a Pavese, tras la irracionalidad de su suicidio: era un premio a la constancia de su razón. Unos años antes de este suicidio había estallado la bomba atómica. La aparición del proletariado como clase antagonica tuvo su clarificación teórica algunos lustros después; el salto cualitativo que el miedo atómico ha introducido en la contradicción fundamental de la era industrial, todavía no ha sido clarificado teóricamente. Pero en la práctica sus efectos son demoledores. Ha paralizado a los protagonistas de la *Dialéctica*



*Histórica con mayúsculas, y les ha llevado a buscar nidos de ametralladoras lunares apuntadas hacia la tierra, cada cual hacia su zona de influencia.*

*Terco, irracional afán de comprender por parte de las gentes para las que no se ha hecho la carrera espacial, inmersas en una realidad en la que se ha esceni-*

*ficado el como si kantiano de esa misma realidad: la realidad de la norma basada en la satisfacción de necesidades que a la larga se revelan accesorias, en contraste con la necesidad total de plena realización. La acción, incluso la acción por la acción, es la contestación a la encerrona. Pero esto no priva de que toda*

*la promoción que entre 1945 y 1965 se aplicó a la tarea de reconstruir la razón lo esté pasando muy mal. A sus cuarenta, cincuenta, sesenta años cumplidos, están en crisis, como las jovencitas con acné y los jovencitos sin jovencitas con acné. Pero como en las novelas décimonónicas, amigo lector, no adelantemos acontecimientos.*

